

Juego libre

En esta ocasión vamos a tratar el juego. Pero no tal y como lo conocemos ahora, con el aluvión de juguetes, aparatos electrónicos y demás que marcan y dirigen cómo debe ser el juego o cómo debe ser la diversión. Hablaremos del juego libre, ese gran discriminado que aporta beneficios y posee bondades que se están perdiendo.

Empezaremos por decir que el juego libre es una necesidad básica para que se pueda producir un buen desarrollo de la inteligencia. También es clave para un adecuado equilibrio físico y emocional en los niños. ¿Se han fijado en los cachorros de mamíferos, en los perros, por ejemplo? Aparte de comer dormir y jugar, no hacen nada más, la razón es muy simple: a través del juego aprenden, de una manera agradable y divertida, las habilidades que necesitaran para desenvolverse en su vida adulta.

No es cierta la creencia generalizada de que los niños juegan simplemente para entretenerse. Y por mucho que nos pese, los niños no pueden ponerse a jugar para dejarnos tiempo libre a los adultos. Un niño juega porque es la herramienta dotada por la naturaleza mediante la cual, pueden avanzar en la comprensión del mundo que les rodea y pueden integrarse en él. Jugar es la herramienta más potente que tienen para desarrollar su creatividad, su imaginación y prácticamente todo lo que es la esencia de la infancia.

Ahora bien, debemos saber que a cada edad, el juego es distinto. Aproximadamente

hasta los tres años, el niño pasa por una fase de experimentación con su cuerpo y su entorno. Sus juegos se basan mucho en la imitación de todo lo que les rodea, juegan a desempeñar las mismas funciones que los adultos cercanos, ya que esto les sirve para adquirir las habilidades sociales que más adelante utilizaran en su vida diaria.

Entre los tres y los cinco años aproximadamente, el ingrediente más importante es la imaginación. No es necesario que tengan unos juguetes demasiado complejos. Durante esa fase, con cualquier objeto y con su imaginación, pueden construirse el mejor juguete del mundo. Por ejemplo, una caja de zapatos puede ser un fantástico coche o una bonita casa de muñecas.

Entre los cinco y los siete años, su imaginación sigue en auge, aunque ya no solo la utilizan para transformar objetos, si no que ya son capaces de inventar historias. En esta etapa empieza el juego de crear mundos y adjudicar papeles a cada uno de los participantes en el juego.

Un hecho comprobado y muy poco conocido es que hasta la edad de seis o siete años, los niños no distinguen la fantasía de la realidad, viven en su mundo, en el que todo es posible.

Cada niño es distinto y cada uno evolucionara en su juego según vaya madurando y siempre que la etapa anterior haya sido suficientemente satisfactoria. La adquisición de conocimientos académicos o no, deben plantearse en función del proceso de maduración del niño y no al



contario.

Respetar estos años de juego de los niños no solo es importante, sino que es determinante para su desarrollo saludable posterior. Debemos olvidarnos de excesivas actividades extraescolares o de demasiadas horas de estudio y deberes fuera de la escuela. Protegerles del exceso de tele, consolas y videojuegos (todos sabemos la tranquilidad que nos dan estas actividades durante un rato, pero debemos controlarnos, por su bien).

Para nuestros hijos es muy gratificante que compartamos nuestro preciado tiempo con ellos, que juguemos con ellos pero sin olvidar que ellos son los protagonistas, respetando el proceso y sin interferir con nuestros comentarios ni intentar dirigir el juego hacia cauces que nosotros, con nuestro pensamiento adulto y tan lejano de la realidad infantil, nos parezca más útil o lógico.

Compartir el juego es además una forma lúdica, gratificante y agradable de hacer ejercicio y pasar más tiempo en familia, también es una oportunidad de establecer una relación de complicidad entre padres e hijos, que sera de gran ayuda en un futuro, cuando nuestros hijos dejen de ser niños y empiecen a adentrarse en la vida adulta.

En los últimos años han ido apareciendo en el mercado juguetes cada vez más sofisticados, que lo hacen todo, que lo tienen todo, que nos hacen creer que cubren todas las necesidades de nuestros hijos, pero que dejan poco espacio para que la imaginación de los más pequeños se desarrolle, y si no la trabajan, como ocurre con todo, al final se atrofia.

En definitiva, es mucho más importante dejarles tiempo para sus juegos e intentar compartirlo con ellos.

(*) Basado sobre textos de Isabel F. del Castillo. www.laserrada.org